



DeucALiÓN.

11



DeucALiÓN.

11

DEPARTAMENTO PROVINCIAL DE SEMINARIOS

CIUDAD REAL

SEPTIEMBRE DE 1953

Dirige
Angel Crespo

La muerte quizá no sea más que un grito áspero

La muerte quizá no sea más que un grito áspero
en la garganta de un hombre.

Una fuente seca por donde el agua no discurre,
un sarmiento amarillo al borde de una tapia,
donde el polvo es polvo y la lluvia arcilla roja.

He aquí que damos demasiada importancia
a un hecho intrascendente.

Un hombre caído de bruces sobre sus harapos
o un perro pudriéndose al sol sobre la tierra.

El mismo olor despiden.

La Muerte es una voz que no sigue las márgenes del río,
un aire que no se puede coger entre las manos,
una raíz honda cuando la copa del árbol es otra raíz.

Un hombre muerto, un perro muerto, una herida
en las hojas más verdes de la encina.

Una palabra áspera, un zumo ácido, unos ojos que lloran,
un manto negro que cubre los huesos.

Una mujer erguida sobre las aguas de ese río que no mana,
erguida, alta, fría como una cruz de nácar.

¿La Muerte? Quizá no sea nada,
ni siquiera una mujer, ni siquiera una palabra.

Un puñado de arena en la mano cerrada,
la sal que por los huesos se adivina.

Existe y quizá no sea nada
y es.

Como ese perro alargado en la tierra.



Oleo de Cabrera Moreno

JUICIOS FINALES

¿Dice realmente el poeta lo que entiendo al leerle? Da lo mismo. Hace que yo *entienda* algo. Que si no es lo que él dice, será lo que yo estaba a punto de decirme.



Otro vocablo depauperado: *fábula*. ¿Hay algo más vulgar—*menos fabuloso*—que esas «escenificaciones animales» del sentido común?



Hay un «miedo de conocer», que es el miedo de convertirnos a aquello o en aquello que conocemos.



El placer que el espectador medio, el hombre corriente, experimenta ante la obra de arte realista consiste en ir identificando el modelo reproducido por la pintura o la escultura. Esta identificación es, en esencia, lo que interesa realmente. En efecto: cuando ese espectador se sitúa ante la obra no realista adopta la misma actitud e intenta identificar en ella cualquier cosa. Por eso se queja enseguida, y afirma que el cuadro es un geroglífico indescifrable. Y el único defecto que le encuentra es, precisamente, que sea indescifrable. El dá por descontado que el cuadro ha de ser un geroglífico.



«De la discusión nace la luz», dicen. Me parece bastante cierto. Cada uno se queda con las mismas ideas que tenía antes de discutir: pero más claras.



Pío Baroja es «el señor que nunca leyó a Platón».



Dickens acostumbra a describir, en sus libros más famosos, una zona social subburguesa, misteriosa e impresionante. Eso permite a su lector burgués sentirse doblemente confortable en su *home* acomodado. Este, en efecto, tiene así la oportunidad de enternecerse, de compadecerse del humilde desgraciado, pero sin ningún compromiso enojoso. Sentirse conmovido por el destino melodramático de cualquier pobre niño dickensiano, le deja, realmente, con la conciencia tranquila. Ha quedado, formulariamente, como un cristiano. Y para completar la felicidad, tan segura, de su lector, ya se encarga Dickens de que todo acabe bien...



D'Ors dice de Maragall, y lo dice con cierto tono de censura, que era un poeta *interjeccional*. Y así es. Pero me parece que un poeta es poeta en la medida en que consigue convertir cada palabra en interjección. Interjeccionando el idioma lo salva de la muerte y de la didáctica, y lo hace útil para una comunicación más directa.



Estéticamente, creo que los naturalistas tenían razón. (Arte igual a verdad, etc.) Sólo que se equivocaban—por defecto—sobre qué hay que atender por naturaleza. *Moi, je suis aussi nature*, decía Braque.



Alas y gorjeos. Poetas, poetas. Unos como ángeles. Otros, como aves más o menos canoras: como ruiseñores, como jilgueros, como loros, como patos...

Joan FUSTER.

DE «EL CLAMOR INCESANTE»

NUESTRO SITIO EN LA TIERRA

Oh, mira el polvoriento desfile de las calles,
los árboles, dolorosamente secos
y aquellas casas, al lado del río
en cuya penumbra bebimos la muerte de cada tarde.

Para nosotros se guardaba el olvido,
la hora de las moribundas palabras,
sentados todos al borde del ancho lecho
sin que nadie falte—podrías llorar.

Allí, juntos, leeríamos en algún amarillento periódico
de arrugadas páginas, noticias de tiempos pasados.
Tú dirías algo; (¿no nos has perdonado?)
Y reiríamos, reiríamos con nuestra risa de entonces.

U N D I A . . .

Sabemos que ese día vendrá a nosotros
cuando las praderas devoran lo que resta del otoño,
cuando el oro sangrante de las tardes antiguas
se derrama de pronto, poblando el aire
de bien conocidos silencios; un día
detenido entre secas flores
con un olor de libro leído en la infancia
por entre arroyos claros, con matas de yerbas a los lados.

Un día favorable al olvido, a lo más puro
del errante misterio de una alegría lejana
y de nuevo resplandeciente, como única voz
que nos devolvería al aire de los sueños perdidos,
que restañara el llanto o las viejas palabras
yacentes en el fondo de la mirada, y pusiera
un temblor de hojas húmedas en las ventanas desiertas.

Leopoldo CHARIARSE.

LA DICH A

Mientras un hombre corta astillas
y no comprende que el sol le canta
y que esa mosca que le envuelve
es un demonio de consejo torpe;
mientras un pájaro toma una miga
en los umbrales de un colegio
y cree que la voz de los niños
pone en las puertas el pan blanco
y que la voz del panadero
crea los panes que él no come;
mientras todo esto ocurre, y muchas cosas
que, de verdad, no se me alcanzan,
yo pienso en relaciones ocultas
y en futuros descubrimientos.

La vida era muy corta
cuando debajo de una cama
descubrí la lujuria. No era grande
cuando hallé en una cómoda el infierno;
y aún camino cargado de meses
y de experiencias personales,
buscándome la dicha en los bolsillos,
investigando sus orígenes
fuera de mi, tocando;
procurando enterarme
de si la tiene ese hombre que arma un ruido
infernol mientras parte la madera
o de si acaso, ahora,
el pájaro en su buche la cobija.

Angel CRESPO.



De Gregorio Prieto

LA VIAJERA

La viajera llega con su paraguas.
Debajo de la mesa
mis mejores amigos discutiendo sobre el terreno.
«Recuerdas el drama aquel de «El mayor monstruo los celos».
Tengo una sobrina hecha de escayola.
Alcánzame ese libro encuadernado en piel fina».
Y en la calle están paralizados los peatones,
riéndose en sus propias barbas
del resultado de la cosecha.
Este frío es el frío de la conversación,
el esfuerzo para matar el silencio
que llega del pasillo andando lentamente.
Aquí estuvo mi padre tendido en una cama
con sus treinta y cuatro años catalogados.
para enseguida decir «Adiós, os dejo una cuchara y esta hoja de servicios,
no tengo tiempo para acompañaros.
Me libro de la guerra».

Con el dedo señalo
«Este café está frío,
no tiene azúcar suficiente».
Es una señora enlutada
de ademanes y voz autoritaria
—no excesiva—
quien mueve la cabeza
como si quisiera indicarme que soy muy joven aún
para opinar de cosas importantes.
Me levanto para saludar a una camisa y a una corbata con alfiler elegante,
para besar un guante perfumado,
y me inclino en una reverencia
buscando entre la punta de dos zapatos
la recompensa merecida a tantos días solitarios,
a tanto pensamiento de muchacho vagabundo.

Es necesario pedir excusas y reclamar modestamente
La luz eléctrica no alumbra con suficiencia,
hay que preparar las velas de familia,
aquel hachón grande que no se gastó por completo en los funerales de la abuela,

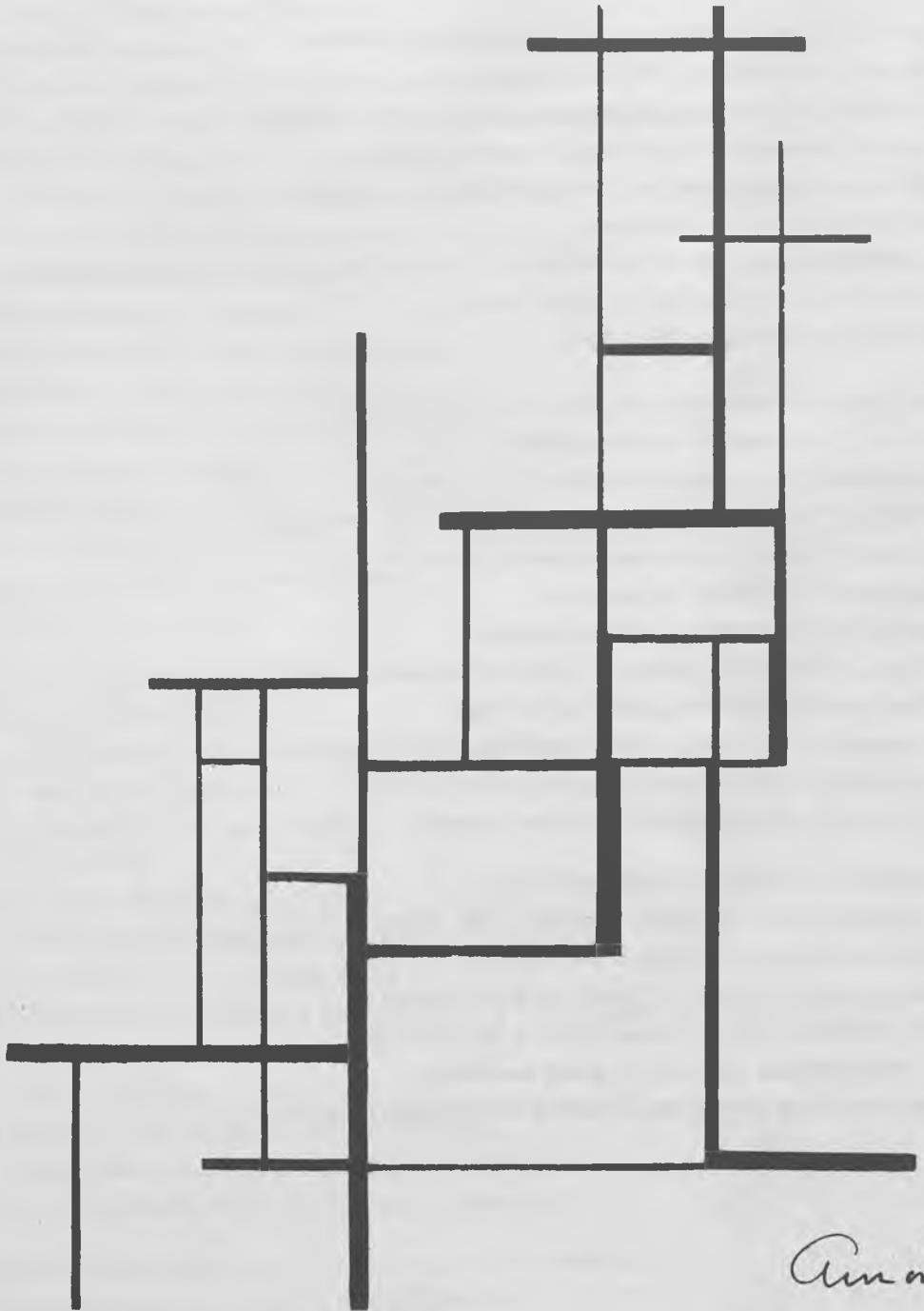
el quinqué de petróleo de cuando el tío era estudiante.
Luego, murió de una enfermedad oculta.
Tanto esfuerzo para nada
y menos mal si no se resintió el honor de la familia.

La viajera ha dejado sus anteojos sobre una butaca,
su cansancio colgado de una percha,
y ha pedido permiso con buenos modos para respirar.
Noto el cansancio de la larga jornada mensual.
Me están aguardando los libros del Debe y el Haber,
las lecciones de mis alumnos
y un montón enorme de periódicos de los que he de extraer algún recorte,
la esquila de defunción de algún amigo,
la crítica de libros publicados.

Las mujeres se sientan por dos veces en sus sillas,
cubren públicamente sus desnudeces
y proponen vayamos a cualquier cine particular
a distraer el tiempo y derrochar la reserva de carcajadas
—¿porqué se les irá tornando hueca la voz?—
a gastar alegremente los sollozos
aunque sea necesario pedir un anticipo.
Luego, un señor comienza a hablar de su propio padre.
Aquel que le pagó los gastos de la boda
y a quien no ha vuelto a ver desde hace algún tiempo.
Recordando estas cosas, se quita la dentadura
y la limpia cuidadosamente con un pañuelo.

Alguien alza la voz. «Podíamos bailar,
podíamos iniciar un baile apartando las sillas».
Estas palabras asustan a los concurrentes.
Una señorita se cubre el rostro con las manos.
Una sirvienta vuelve hacia la pared los espejos.
Al imponer una persona de edad su criterio,
iniciamos una conversación sobre la maquinaria agrícola.

Antonio FERNANDEZ MOLINA.



Proyecto de mausoleo para Piet Mondrian, por Santiago Amón

Intimidación y pintura moderna

Vivimos hoy en el reino de la intimidación. Allí donde se respira una intensa vida social e intelectual, se observa una lucha constante contra tal angustia. Es un estado tiránico convertido, por ahora, en un modo de ser universal y sería interesante poder determinar una psicología de la intimidación en nuestro tiempo.

En lo que al arte se refiere, éste tiene ya poco de aquella acción sedante de otras épocas; hoy ha sobrevenido una extraña disipación, un volcarse hacia fuera, del mismo modo que ha ocurrido con la lógica y la moral. Por ejemplo, el existencialismo rompe con el pensamiento intelectualista, incluso con las estructuras racionales del lenguaje, para hacer aflorar todo lo que es inconcebible e inefable.

Desde el punto de vista del público, esta posición no es nada halagadora. Resulta ofensiva y a veces nos intimida con un mensaje incomprensible al primer golpe de vista. Exige un esfuerzo...

En la historia hay ejemplos de arte intimidante, calificado de hierático por los profesores, como sucede con el arte bizantino. Y al estudiarlo es curioso observar el por qué de esta definición. El arte bizantino era un arte totalitario y puro que estilizaba y se hacía intérprete de lo supraterrrestre. Claro que su objeto—inspirado por el cristianismo—no es idéntico al de hoy, ni la comparación debe entenderse de un modo estricto.

La libre manifestación de la personalidad humana permitida por el arte moderno surte efectos parecidos. Una acusada personalidad, manifestada de un modo brillante, es siempre agresiva. El artista de nuestro tiempo más tachado de agresividad e irrespetuosidad ha sido Pablo Picasso, el hombre cuya originalidad ha causado discusiones en todo el mundo, precisamente por ser el gran espejo psicológico moderno: la busca de sí mismo.

Si el siglo XX significa una penosa crisis para artes como la arquitectura, para la pintura es una edad de oro. Todas las escuelas, el impresionismo, el cubismo, el surrealismo, la abstracción, todas han reaccionado contra algo y han sido revolucionarias. Es algo que debe reconocerse y que ha dado sus frutos.

Naturalmente, tarde o temprano, esa tensión emocional abocará en su crisis correspondiente. Hay gentes que la están prediciendo desde que se expuso la Olimpia de Manet.

Ahora, el debate sobre el arte no figurativo o abstracto continúa, con todo lo que comporta como vocabulario inédito y confusión. Muchos dicen cosas insensatas y se manifiestan de un modo ridículo. Hay quienes, arrimándose al

arte abstracto, quieren crearse un prestigio de herméticos y dan conferencias trazando números sobre una pizarra.

El tema es apasionante.

Tenemos de un lado esta definición: El cuadro abstrato se convierte él mismo en objeto y ambiciona encontrar en su propio condicionamiento sus leyes creadoras.

Pues bien, eso será justo aplicado a ciertas manifestaciones de la pintura actual, pero hasta para entender la pintura abstracta es insuficiente. Las definiciones encasillan y limitan los temas. Según ésta, que nos propone un arte limitado a simples ritmos decorativos, la pintura de hoy sería algo realmente desolador. Hay muchos que ya se apoyan cómodamente en ello para combatirla.

Para llegar a una apreciación estética de las artes es necesario estudiar separadamente los puntos de vista de sus técnicas especiales y las condiciones psicológicas e históricas en que las vemos producirse. Por eso, muchos de los juicios sobre pintura abstracta pecan de una terrible falta de perspectiva. Hasta los que dicen que el arte antiguo era esencialmente imitativo mientras el moderno es esencialmente no imitativo, se equivocan. El mismo Platón había ya proclamado la belleza de las formas geométricas, por no poner otros ejemplos. Si bien, insisto, no todo el problema de la pintura abstracta es cuestión de geometría.

La ausencia de realismo en el arte de hoy quizás se explique por ser el nuestro un período en que la sociedad occidental se muestra más racionalizada y más mecanizada que nunca. El arte parece dentro de esta sociedad una evasión del hombre hacia lo onírico o lo inefable.

Yo estoy más dispuesto a creer que sea así y que hay mucho menos de esencialismo y de pragmática de lo que se dice en torno al tema. A esa evasión no se llega por medio de un proceso intelectual. Es una necesidad apremiante que se cumple ansiosamente, frenéticamente, pisando algunas veces en el vacío.

También resulta un tópico decir que esa lucha en el vacío se debe a que la moderna cultura occidental ha centrado su base sobre el enigma del hombre, faltándole un ideal más allá de sí mismo.

Es una cosa estúpida, ¡como si la duda teológica, la más terrible, no hubiera existido nunca! Precisamente la desesperación de un teólogo es uno de los mejores ejemplos de existencialismo que se pueden poner.

Lo que sucede es que hay que ser muy obtuso para sentirse perfectamente tranquilo y seguro sobre la tierra.

La pintura más moderna, en contra de lo que se dice, no tiene nada de racionalista, sino que es evasiva y creadora de sueños, pues se trata de escapar de la realidad por la construcción de un mundo conforme a las leyes de nuestras propias emociones. Naturalmente, eso ha restaurado completamente el

subjetivismo. Es una posición extrema, una tensión emocional que abocará en crisis, pero que tiene grandeza e interés. Un subjetivismo que desata y libera.

Es lógico que si el pintor se evade y sueña lo haga con formas rítmicas y que la geometría se convierta en espejo de su personalidad, igual que la materia. Incluso los pintores que dicen buscar una perfección impersonal se equivocan, se buscan a sí mismos.

Muchos de los que acusan a la pintura abstracta de frialdad y geometrismo carecen de sensibilidad plástica, pues en los mismos cuadros clásicos todo es geometría excepto la anécdota que relatan. A considerar la belleza de lo geométrico no puede llegarse sino por simple intuición de lo bello, plásticamente hablando. La pintura se ha asistido de lo rítmico visual en todo momento y lo que sucede es que el arte abstracto sustituye aquel contenido emocional más simple y comunicable de las obras clásicas por una serie de sentimientos en extremo subjetivos. Ahí reside su aventura y su limitación.

Como limitaciones, la pintura realista también las tiene, aunque este no es lugar para enumerarlas. Pero respetemos cualquier experiencia estética, pues ello representa un logro particular en la plenitud del «ser». La estética y la metafísica son símbolos la una de la otra puesto que son dos aspectos del acto de «ser». El arte irrealista, comprendido como necesidad y resultado de nuestro tiempo, como una de sus más valiosas experiencias, no tiene refutación; y este es el razonamiento, quizás el único, que puede dársele a quien no sabe sentirlo. Añadiendo que el hombre es una aspiración inagotable, que constantemente se exige a sí mismo; «Quiero lo que no existe». Y de esta voluntad nace el mundo de la historia y de la experiencia.

Y nuevas experiencias estéticas nos aguardan; comprenderlas y gustarlas es sólo cuestión de flexibilidad de espíritu y de curiosidad renovada.

Por el momento—todavía—el arte no figurativo es el lugar de toda sinceridad, de toda temeridad y también de toda impostura (¿en dónde no la hay?), aún impera el no—figurativismo por que la imagen humana en su aspecto más superficial nos es devuelta hasta la saciedad por medio de mil sistemas mecánicos y lo que el artista desea es expresar su propia esencia, lo más esquivo de sí mismo.

Un cambio de dirección no será un retroceso, sino un resultado al que nunca se hubiera podido llegar sin pasar por aquí.

Y, finalmente, creo haber dicho que en arte ha sobrevenido una extraña disipación: la palabra abstracto, aplicada a un determinado tipo de pintura oscurece el sentido de esa misma pintura. No hay abstracción, sino liberación. El arte moderno sabe intimidarnos con su vehemencia.

Francisco NIEVA.



Dibujo de Agustín Ubeda

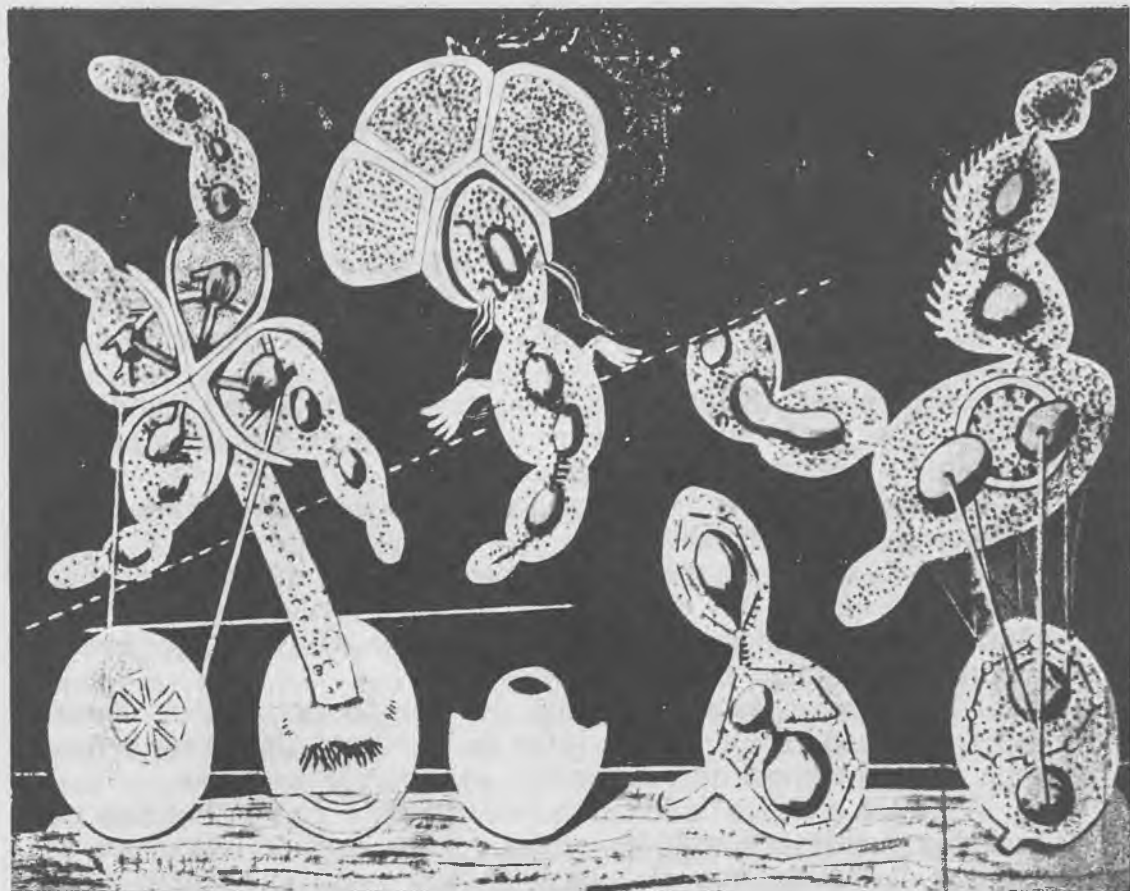
LA CATEDRAL

Somos aprendices, maestros, oficiales,
y altas naves centrales te erezimos.
A veces, llega un peregrino. Pasa
como un fulgor por nuestros cien espíritus
y trémulo nos muestra un modo nuevo.
Subimos al andamio cimbreante.
Nos penden de las manos los pesados martillos
hasta que una hora bella, besándonos la frente
—hora brillante, cual si todo lo supiera—
viene de Tí, como del mar el viento.
Luego es el resonar de mil martillos,
que, golpe a golpe, va por las montañas.
Cuando anochece te dejamos todos.
Tus contornos futuros alborean:
Dios, eres grande.

DES AJUSTE

Había un punto innegable, una tortura,
era un punto vital, regurgitaba,
cantaba, su temática eran hechos
descarnados, huesudos, no velados
por distancias, por lejos dominantes.
Habían tomado cuerpo, militaban
en las primeras filas, bien repletos,
pletóricos, seguros, sabihondos,
como si fueran sólidos presentes;
tan poco ausentes ya, tan angustiados,
que hicieron de sus múltiples reflejos
una concitación, y el alma incólume,
lo único que se enseñoreaba
ante el ingente ser, se tornó huidiza,
puso en juego luciérnagas y soles,
habló tan cronológica y segura,
tan desprovista de locura y saña,
que, a una, sin saber, sin más disturbio,
volvió a ser fofo como era, ajeno
a los duros presentes, y el abismo
ingénito reinó como reinara
otras veces, como era en su reino,
reino suave de suave veladura,
ese agosto pasado, ese pretérito,
pretérito, palabra que los mágicos
augurios incesantes desposee,
pasado fiel, indómito pasado
que atabala presentes, que instituye
rémoras ya cercadas, ya académicas,
que puede con los soles que son soles,
que desbasta seguras cavidades,
que desinjerta nódulos hirientes,
seguro más que tú el indicativo
que engaña, si no es cuando promete
el verdadero vuelo a lo ya sido,
a lo que, de otro modo iluminado,
—asteroides, improntas, disparates—
ese potente haz de arcos voltaicos,
de mis horas presentes, Anacrusa.

Angeles FERNANDEZ



«La bicicleta gramínea adornada con cascabeles», por Max Ernst (Museo de Arte Moderno de Nueva York)

PAISAJE DE NEW = YORK

La noche estaba húmeda, los escaparates mojados. Había anuncios luminosos en todas las fachadas, había negros y muchos automóviles, taconeaban las mujeres y fumaban rápidamente sus cigarrillos.

Salí rápidamente de mi cuarto del hotel y dí una propina a la criada negra que estaba de servicio en el ascensor. Salí muy español, con mi pelo mojado por la lluvia que acariciaba el viento de la noche.

Todo era muy moderno, pero no se crea que como lo moderno europeo. No, no; lo moderno europeo consiste en imitar un poco a lo antiguo y lo antiguo es encantador.

Yo dí una gran voz: «¡Oh! perdonadme señores americanos esta situación tan embarazosa».

En esto, un criado me abrió la puerta y por una escalera toda de metal—y que no hay que molestarse en mover las piernas para subirla—bajaba a todo correr mi amigo Diego. ¡Dios mío, qué buena persona es mi amigo Diego!

—Por fin ya estás aquí, me dijo. ¡Has tenido suerte! ¿Pero cómo? ¡Estás preocupado! Quitá esas ideas de la cabeza. ¡Ya verás dentro de un año. El tiempo, querido amigo, es la mejor medicina!

Tenía los broches de la camisa de oro puro con brillantitos incrustados que despedían luces verdes y rojas que se reflejaban en las caras de las mujeres elegantes, en sus espaldas desnudas. Yo estaba oscuro y aburrido, mirando al techo y mordiendo una pipa que me había comprado para poder fumar tabaco negro.

Algo molesto, salí a la terraza a ver la luna pero tenía la cara muy redonda y las manos muy delgadas y huesudas. Dicen que en esto consiste la verdadera feminidad. La dejé y no volví a acordarme más de ella en toda la noche. «Desengáñese usted: ¿Cómo voy a bailar con la luna, cómo voy a molestarme en invitarla? No me apetece bailar con ella. Yo ya tengo treinta años y voy a tener un hijo. Poseo una experiencia de la vida».

Cerca había una mujer muy delgada y con ojos azules. No quería bailar pero me miraba significativamente. Me acerqué a ella pero no comprendía bien el idioma en que me quería hacer comprender yo. No entendía bien porque no hablaba inglés...

—América es hermosa, me decía. Aquí toda la gente se divierte mucho. Es el país de la alegría.

—¿Ha visto usted el Metropolitan Museum?

—Sí, le contesté, es hermosísimo.

—¡Qué encantadora es la pintura! Arp, Masson, Beckman, Roesch, Lili Harmon...

Pronunciaba estos nombres con un gran sentido de la elegancia.

—En España también hay grandes pintores, le dije yo.

—¡Ah, sí, España!

Entonces me salí de aquella fiesta.

Avancé por una avenida bordeada de luces rojas y verdes. Cuando lucen las rojas, los coches se paran y vuelven a circular con las verdes. ¡Qué encantadoras son las verdes! Mi amigo Diego prefirió las rojas. Es porque él es coleccionista de sellos.

El estruendo de la ciudad era espantoso.

Un borracho me cogió del brazo y con finas reverencias me pidió un cigarrillo. Ya frente a mi hotel pensé mientras me dolía la cabeza: «¡Qué noche tan divertida!»

Me despertó muy tarde la criada que limpiaba mi cuarto. Había soñado con peces exóticos nadando en una pecera de estilo perfecto. ¡Qué bella es la vida! ¡Qué sonrisa más fina la de este siglo de civilización americana!

Y me acerque para poderla observar más de cerca.

Serían las siete de la tarde cuando salí de nuevo a la calle y me fui a pasear a un parque que hay enfrente de mi casa y que le llaman «de los negros». El cielo se había despejado a trozos y de vez en cuando veía un débil rayo de luz.

Una mujer rubia y un negro se paseaban. Ella era muy bonita. Su cara llameaba como una tortilla al ron. El tenía los labios grandes y era chato, de una belleza brutal. No sé si por el color de su piel, daba la sensación de sucio. Ella trataba de hacer y él le decía que tuviera paciencia y le argumentaba con sus grandes manazas de mono.

El viento del parque, a veces, levantaba sus faldas y se llevaba el sonido de sus quejas y súplicas hasta muy lejos de sus ojos entornados. «Señores, daban ganas de decirles, no discutan tanto por éso».

¡Ah, qué maravillosa es la vida en América! ¡Qué tranquila! ¡Qué ausencia de palabrotas! Por todo aquello se habían librado tremendas batallas contra los indios. ¡Cómo correrían por aquí los pieles-rojas, cómo silbarían sus flechas!

Había diversos paseantes por el parque. A la vista de todos, las parejas se besaban y yo pasaba como quien no quiere la cosa. Nadie protestaba a estas horas en que el sol se ponía. Pero se echaba de menos un guarda alto y rígido, con voz de gañán y garrota de hierro, que pusiese orden en todo y multas por nada, como los que yo había visto en España.

Un poco más lejos se estaba celebrando un concierto y sus ruidos se confundían con las sirenas de bomberos, ambulancias y policía que no dejan de sonar en todo el día. El templete de los músicos era grande como un fantasma sobre grandes columnas. Los músicos soplaban notas muy modernas en sus instrumentos. Atravesé dos o tres filas de auditores y me encontré rodeado de «misteres» que, de pie, bebían coca-cola y fumaban mientras escuchaban. En los árboles, había ardillas. Si a uno le gusta la música, aquí están los mejores conciertos. Los mejores museos también están aquí.

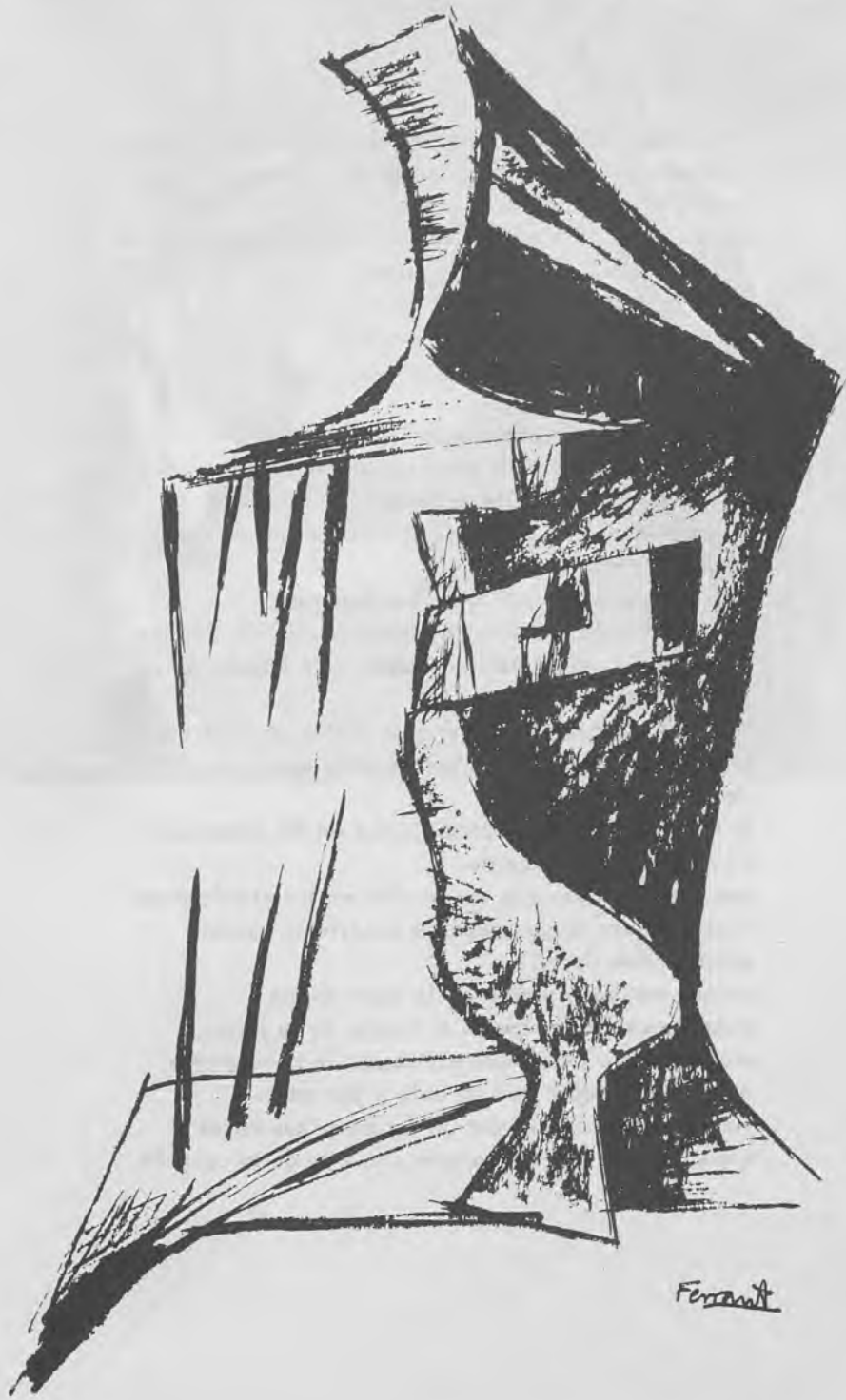
Antonio GUIJARRO.

EL MUSICO VAGABUNDO

El que camina de noche por las calles
inspirándose en el rumor de las estrellas;
el que de sus olvidos hace dos oídos
para escuchar los cantares de la brisa;
el que oye el silencio que le llena
o desprecia el vocear con que le llaman;
el que tiene miembros y estómago
y no tiene plato ni descanso;
el que sueña y al soñar se envuelve
como si el alma fuese una criatura;
el que tiene para ver ojos profundos
y no encuentra más que vidrios enemigos;
el que tiene manos hechas para acariciar
y se encuentran solas una sobre otra;
el que tiene los pies cansados del camino
y las piernas dobladas de las distancias;
el que no tiene nada más que ilusiones
y el sol que nace para todos;
el, que todo ésto tiene y todo ésto
día a día le falta por contraste.

Arrimóse a una sola cosa en esta vida,
objeto que no cambia por ninguno:

Una pobre y triste y ya cansada
vieja gaita que música le hace
con que puede abrir paso a las sonrisas.



De Angel Ferrant

U N A C A R T A

PRECISAMENTE yo que pensaba hacerte una escalera,
que pensaba quererte aguas abajo
por el derrotero, por la isla, por
esos cínifes particulares de los jardines intransitados.
Yo que quería vestirme de amarillo
para parecer un rruiseñor y para
en conciencia poder hacerte novia
y casarme contigo en una iglesia.
Yo
que siempre interpretaba mis soliloquios
como claros deseos de celebrar tu nacimiento,
tu crecer paulatino, tu ponerte
en disposición de aguardar al hombre que se sueña.
He aquí, pues, ahora,
que mis parientes me han abandonado,
me han dejado todos maltrecho y comido de deudas
esperando nuevamente que alguien se apiade de mí.
De tu mano recuerdo
la limpidez con que quitabas la niebla de mi frente;
el tono familiar con que me reprendías;
de tu sonrisa recuerdo
la hora especial de contemplarme en las despedidas;
de tu recuerdo recuerdo
ese vaso múltiple que me tendías en los atardeceres.
Precisamente yo que pensaba hacerte un camino
grácil y duradero,
yo que estaba contento de la visita diaria
y del crecer de los lilos a la puerta de tu jardín,
me encuentro ahora que soy capaz de prodigarme
inútil, tontamente por un lado y por otro,
yo que pensaba hacerme un traje con tus voces
y maniatarme por la mañana a la reja de tu corazón.

Gabino-Alejandro CARRIEDO



Dos aspectos de «Tu mano», por Mathías Goeritz

Arenga para un espectador solo, con preferencia mujer

En el ameno tránsito que lleva a la desgana
donde kikirikies atornillan sus cánticos
y viaja el imposible vulcanizando anhelos,
llegaré si tu quieres con las manos lastradas
por esa miel espesa que segrega la duda.
Yo sé que hay doctos jóvenes con aire sonámbulico
y que ignoran las rampas que llevan al placer.
Yo conozco a mujeres con los ojos hundidos
de mirarse hacia dentro sin encontrar la puerta.
Yo he visto sacristías en días de domingo
preparando de encargo castas simulaciones
y veré, si Dios quiere, surcar el mar del viento
la gaviota implume de las ex comuniones
para condecorar limpias sinceridades.
Acaso en las corazas hoscas del pensamiento
solo encuentres parásitos forjadores de herrumbre
y es posible que mientan las espadas hoy días
porque tienen su lengua habituada a la vaina.
Ya la luz no me sirve, ni me sirven los vientos,
ni me sirven los números rojos del calendario
ni me sirve tu pelo que aromarme solía
como un hayedo virgen para el ojo del hombre.
Hoy como ayer y siempre vuelvo de mi costumbre
como vuelven las vacas, como torna el rebaño,
como ese mercancías regresa con la tarde,
como enciende sus guiños tan sabidos el faro.
La escuadra de adjetivos que recalca en mi puerta
hoy es menos que gaya dulcería de niños,
que cerería cándida donde las gentes entran
con la voz matizada por los kirieleissones.
En la calle pudieran surgir chopos altivos,

torres de marfil cálido, desolladas almenas
y hasta estatuas con dioses de azafranado pelo.
Pero no, no es posible ese apagón gratuito
que a las manos congrega que hace avanzar unánimes
las breves esperanzas que llaman caridad.
No es posible que nadie se acerque desgranando
espigas de sol puro sobre esta tierra fría
que hace posible el ávido mensaje del dolor.
Cantando en las esquinas con su voz lacerada,
sudando sus trabajos veo al hombre,
que tira por la borda las plumas del Arcángel
que empaquetadas trajo de los cielos un día.
Un viento, una jauría, un violín rasgado
por el corte de un naipe como una guillotina,
un anillo que sepa diluirse en el dedo
o un pájaro aprendiz de cantos de sirena
no es menos pernicioso que este vicio tan mío
de levantar la costra dura de las verdades
y enseñar los gusanos que pululan debajo
esos que han aprendido a mentir confiados
porque saben que nadie les lleva la contraria.

Federico MUELAS

FUTBOL MODESTO

*DESMONTES amarillos bajo el sol del invierno
que pone su piedad, su tibieza en las cosas,
que arranca falsas luces de los vidrios verdosos,
diamantes de un fantástico sueño por el que cruzan
heridos perros de esperanza y pena.*

*Delgados muchachitos,
pálidos obrerillos con sus botas gastadas,
bajo sus trajes grises, que van a hacer deporte
o a aprender que ellos mismos son un balón doliente
que a puntapiés manejan los grandes jugadores de la vida.*

*Mañana de domingo. La carne fatigada
bosteza lentamente su cansancio remoto.
Una humilde ilusión, como el rayo en los vidrios,
arranca de las almas llamitas de alegría.*

*Bota el cuero cosido de esperanza,
hinchado con un aire de esperanza,
de risa triste, de ilusión oscura.
Colores desdiseñados que nunca se asomaron
al sol de los estadios,
van, vuelven, corren las camisetas, buscan,
persiguen una esfera de color de su sueño.*

*Ascienden desde el pozo insondable del tiempo
las horas como sombras, los trabajos,
la pena, la miseria, la modesta comida
en los platos heridos, sobre el hule,
el fondo de la sórdida galería, la cama
donde se rinde noche a noche el hueso
abatido de llanto silencioso y sin lágrimas.*

*Asciende aquí el cansancio,
el destino que, sordo, va cumpliendo sus suertes,
la niñez mal cuidada, la escuela pobre, el fuego
del brasero amparando a la familia.*

*Todo llega al solar del domingo, confuso,
ceniciento, remoto, en el cuero que bota,
entre los desvaídos colores de la blusa,
y se enreda a las piernas que persiguen
ese balón con forma de esperanza.*

Leopoldo de LUIS

Una coincidencia y dos descubrimientos

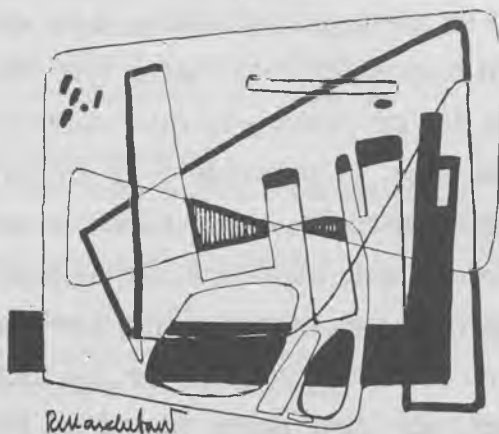
«La Mancha de Don Quijote», por Gregorio Prieto.—Ediciones de la revista «Clavileño». Madrid.


Las dimensiones puramente plásticas de lo manchego estuvieron por descubrir hasta, que por una feliz coincidencia, dió con ellas Gregorio Prieto. Hablo de coincidencia, porque la época en que este pintor empezó a meditar el paisaje de la Mancha era muy ajena a la frivolidad. La pintura se encontraba sometida en aquel entonces a un riguroso análisis, consecuencia inmediata del cubismo y de las tendencias a que dió lugar. No en vano ha hablado Eugenio D'Ors de la cuaresma pictórica que significó el cubismo más puro frente al carnaval impresionista que le había precedido. Citamos aquí a D'Ors—quien incomprensiblemente ha parecido querer ignorar la obra de Prieto—aclarando que su ingeniosa comparación no alcanzó al neocubismo, en cuya tendencia se abandonan las austeridades coloristas—a las que más concretamente se refiere D. Eugenio—pero no las constructivas y estructurales, sobre cuya plantilla se componen los cuadros. Prieto, cargado de aquellas ideas, que llevaban implícita la síntesis, la eliminación de todo elemento accesorio, se plantea el problema del paisaje manchego intuyendo, sin duda, que el mismo se presta perfectamente a un ensayo de la nueva fórmula. Y de tal manera es ésto cierto que ante los primeros paisajes manchegos de este pintor—en que casi todos los accidentes quedan reducidos al cubo, la pirámide y el cilindro, descansando sobre el plano infinito del suelo—no se siente la sensación de falsedad y forzamiento que ante los de sus contemporáneos que tratan de reducir a síntesis cubistas paisajes como, por ejemplo, el vasco. De esta sensación no se salvan, ciertamente, los mismos cuadros de Vázquez Díaz, quien, por otra parte, abandona bien pronto dicha fórmula para, con visión más lírica, enfrentarse con el paisaje en general.

En el descubrimiento de que vengo hablando se da una feliz conjunción. El paisaje manchego es descubierto por Gregorio Prieto y éste lo es, a su vez, por el paisaje. Porque es precisamente al pintar a la Mancha cuando Prieto abandona sus lirismos más o menos blandos en los que el color aún no ha sido descubierto y empieza a usar en una mutación *per saltum* la gama que posteriormente ha de caracterizar a su paleta.

Recientemente, Gregorio Prieto ha publicado un libro bellamente impreso cuyo título es «La Mancha de Don Quijote». En él recoge sus más afortunados comentarios plásticos de su tierra natal. La variedad de los puntos de vista desde los cuales es considerada la Mancha es la característica más definidora de este libro en el que se reproducen veintiún dibujos y dieciseis pinturas en color. La pintura abarca ejemplos que van desde la época inicial hasta su última manera, más suelta, más libre en lo aparente, pero en el fondo de la cual puede apreciarse el rigor constructivo. Los dibujos se apartan de la forma más caracterizadamente poética de Prieto para adoptar una gravedad y una serenidad que son, precisamente, el trasunto y emanación del paisaje y de los tipos contemplados.

Quede para otra ocasión, y tras el comentario puramente crítico, el enfoque literario de este interesante libro.





El dibujo de la portada es de Gregorio Prieto
y el de la última página de Madrilley

Imprenta Provincial



Subvenciona «Deucalión» la Excm.a Diputación Provincial

JOSE MANUEL CARDONA
CABRERA MORENO (Cuba)
JOAN FUSTER
LEOPOLDO CHARIARSE (Perú)
ANGEL CRESPO
GREGORIO PRIETO
ANTONIO FERNANDEZ MOLINA
SANTIAGO AMON
FRANCISCO NIEVA
AGUSTIN UBEDA
RAINER MARIA RILKE (Alemania)
ANGELES FERNANDEZ
MAX ERNST (Alemania)
ANTONIO GUIJARRO
AMANDIO CESAR (Portugal)
ANGEL FERRANT
GABINO-ALEJANDRO CARRIEDO
MATHIAS GOERITZ (Alemania)
FEDERICO MUELAS
LEOPOLDO DE LUIS
ROBERTO MARCHEBOUT (Méjico)
MADRILLEY
Traducciones de
FEDERICO MUELAS
RAFAEL PEREZ DELGADO
A. F. MOLINA